



## REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Marzo de 1872.

Núm. 19.

### ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

Aquellos dos séres de sentimientos tan iguales, discutieron ámpliamente su soñada venganza hasta ponerse de acuerdo en todo. Cuando concluyeron dijo D. Diego:

—¿Veis, doña Inés, como habeis recibido satisfaccion de mi visita?

—Teneis razon. Nunca pude esperar que aliado tan poderoso se uniera á mis trabajos proyectados.

—Y yo no desconfié nunca de que fuera entre nosotros un mútuo pacto de inquebrantable alianza el amor y la dignidad humillados. Algun dia quizá podamos calificar esta alianza de preliminar de nuestra felicidad.

—Quién sabe, contestó ella quedando pensativa.

—Lo dicho, doña Inés, con Dios quedad.

—Que el os acompañe, D. Diego, y contad conmigo siempre.

Y se separaron.

V.

*La familia Sandoval.*

Entre la plazuela de Anton Martin y la calle de Atocha, casi enfrente de San Juan

de Dios, en la época que ocurrían los sucesos que vamos narrando, se levantaba un antiguo palacio de vasta estension, cuyos jardines llegaban hasta la calle de San Juan. Habitábalo el cardenal Sandoval con su familia, compuesta de su sobrino don Luis, la esposa de este doña Margarita de Guevara y la jóven é interesante doña Blanca, cuyo enlace con el marqués hemos visto acababan de concertar entre las bases de una transaccion política el cardenal y D. Luis de Haro.

Mientras los dos políticos que hemos nombrado celebraban su conferencia, cuyo resultado conocen ya nuestros lectores, en un elegante gabinete del palacio de Sandoval, se encontraba una hermosísima jóven sentada ante una mesa y escribiendo con temblorosa mano algunas líneas sobre una perfumada hoja de papel.

Aprovechando el momento que con vacilante pulso traza casi ilegibles caracteres, haremos nosotros el retrato de la jóven en cuestion, que no era otra que doña Blanca.

Aunque sentada, su estatura aparecia ser mas que mediana; su talle esbelto, su mano pequeña y de una blancura maravillosa, que hacia resaltar mas su forma perfectamente modelada, como pudiera serlo la de la mejor estátua de Alonso Cano. Su cara redonda con una nariz y una boca seductoras; sus ojos garzos encubiertos por largas y sedosas pestañas y coronados por cejas

formando gracioso arco compuestas de finísimos pelos, que, como los que poblaban su linda cabeza, eran rubios cual hebras de oro. Si se agrega á esto su lujoso traje, los encages que cubrian su mórbido seno, las sartas de perlas que entrelazaban su artístico peinado; los cintillos de rubíes y diamantes que brillaban en sus ebúrneos dedos; los ricos chapines de terciopelo encarnado, bordados de oro, que aprisionaban sus pequeños pies, asomando bajo una falda de tapicería á grandes flores, tendremos que convenir en que Doña Blanca era verdaderamente una muger capaz de enloquecer de amor á otro menos impresionable que el marqués de Lichen.

Aquilataban estas cualidades que cautivan la vista solamente, la dulzura de su mirada, lo hechicero de su sonrisa que exhibía unos dientes rivales de las perlas que adornaban sus cabellos, lo suave de su voz, cuyo timbre bibraba en el alma, produciendo grata emocion, lo discreto y cándoroso de su conversacion, la bondad de su carácter traducida hasta en los mas insignificantes accidentes, y ese grato perfume que emana de toda muger hermosa y de irreprochable virtud, que cual poderoso iman atrae y seduce al hombre mas insensible, dominando hasta las voluntades mas rebeldes que con ella se pongan en contacto. Doña Blanca podia por muchos motivos ser comparada á un ángel, cuyas blancas alas no se habian manchado aun con el cieno que anegaba los mas puros afectos en la corte del fastuoso monarca de las Españas Felipe IV. ¿Qué extraño era, pues, que el marqués la amara con locura?

En aquel momento Doña Blanca contestaba á una apasionada epístola de su amor, porque ella tambien amaba al primogénito del de Haro con ese trasporte, con esa febril exaltacion propias del amor primero. Veamos lo que confiaba al papel.

«No puedo vivir sin verte; te amo, y tu amor es para mí la felicidad suprema que Dios me ha concedido desde que me arrebató las queridas existencias de mis amados padres. ¿Cómo puedes dudar de mí? ¡Ay! marqués, querido marqués, la que te ha consagrado hasta su último pensamiento no puede engañarte. No comprendo nada de lo que me dices, pero si tú no me lo digeras entreveria en ello una ofensa á mi decoro. Esta noche, en el sitio de costumbre, volverá á jurarte eterno amor tu

*Blanca.»*

Apenas acababa de escribir esto cuando entró una dueña, pero no uno de esos tipos solapados é hipócritas que ha popularizado el satírico Quevedo presentándolas como almacenes ambulantes de picardías puestas al servicio de todo el que las pagaba bien.

Mariana era muger que contaba mas de medio siglo. Viuda de un antiguo escudero del padre de Blanca, habia visto nacer á esta, la queria entrañablemente como hija, y estaba á su servicio desde mucho antes que la sobrina del canciller de Castilla entrara á desempeñar el cargo de menina de la reina.

Protegia los amores de Blanca con el marqués, no por lucro particular, como solian hacer casi todas las de su clase, sino porque no veia en ellos nada reprochable. Mariana era una honrada dueña, y además queria muchísimo á su señorita.

—El señor cardenal acaba de llegar, dijo Mariana.

—Toma, dijo Blanca entregándole el billete; haz llegar esto á manos del escudero del marqués.

—Una hora hace que lo espera el fiel Gaston.

Mientras ocurría esta escena en el gabinete de doña Blanca, en otro suntuoso aposento una dama de deslumbradora hermosura hablaba así con su doncella:

—Y dices que el escudero de D. Diego te dió este papel?

—Sí señora, pero segun pude comprender no obraba de cuenta propia.

—No comprendo tampoco por qué don Diego me envia nuevos billetes para Blanca cuando sabe que ella no los quiere recibir.

—Por la misma razon creo yo que ese papel no está escrito por D. Diego.

—Tú debes saber algo mas, Casilda.

—Algo mas sé.

—Pues dílo pronto.

—Cuando la señora estaba esta mañana cumpliendo su servicio al lado de la reina, entró el rey en la antecámara y se hizo anunciar; D. Diego le acompañaba, y creo que no me equivoco si ví en manos del rey ese papel antes que saliera D. Diego de la cámara de la reina de anunciar á S. M. Al poco tiempo, Rolando, su escudero, ese italiano que hace tan poco está á su servicio, me entregó el papel de parte de su amo, para mi señora, para *ella sola*, me dijo, y deslizo en mi mano esta sortija.

Casilda enseñó una sortija de oro ricamente cincelada.

—Basta: no digas mas. Quiero leer ese

papel. Ponte de observacion en la antecámara para que nadie me sorprenda.

Casilda salió. La dama quedó sola.

Abrió el billete y leyó:

«Sois por demás cruel é ingrata, señora. Me veis humillado y suplicando porque os amo, y no quereis hacer mi dicha. ¿Qué importan deberes cuando existe el amor? Además, ya sabeis que el que os ama puede mucho, y sin embargo, á vuestros pies implora un poco de amor. ¿Continuareis negándome aun lo que os he pedido con tan vivas instancias? Sed mia, como es vuestro el corazon de F...»

—Dios mio, Dios mio, yo no puedo resistir mas, porque le amo, y me negais Vos las fuerzas que necesito para luchar. Yo sé que faltó á mis deberes amándole, pero no soy dueña de mí misma; ha sabido dominar mi voluntad, apoderarse de mi corazon y hacer que yo olvide lo que mi conciencia me impone.... Siento que esta lucha me fatiga, me martiriza, y me considero vencida. Por una parte la frialdad y el desapego de mi esposo, por otra las esquisitas galanterías, la ternura, el amor, el delirio que por mí siente él.... ¡insensata! cómo me he dejado dominar por una pasion criminal, que hoy absorbe mi existencia toda.... Y, no tengo fuerza para resistir, no puedo, ¡no puedo!... ¡Dios mio no me abandonéis!

Y se dejó caer en un sillón abrumada por la lucha que en aquel momento sentia en su alma.

Lágrimas diáfanas como líquidos diamantes se desprendian de sus ojos, y mojaban el papel que en su mano tenia aun. Su pecho agitado, palpitante, exhalaba profundos suspiros, y en su hermoso semblante se reflejaba el dolor que atormentaba su corazon.

La que así lloraba, la que así demostraba estar sufriendo uno de esos suplicios morales que no se comprenden, era doña Margarita de Guevara, esposa de D. Luis de Sandoval.

Vamos á darla á conocer á nuestros lectores.

Doña Margarita contaba poco mas de cinco lustros; era alta, morena, de formas voluptuosas, de negros y rasgados ojos, de labios sonrosados, aunque un tanto abultados, y el inferior algo caido. Doña Margarita era tambien toda una belleza, aunque de opuesto tipo al de su cuñada. Nacida en los ardientes climas del Perú, hija única de D. Gerónimo de Guevara, presidente que habia sido de la real Chancilleria de Lima durante veinte años, al regresar á España,

viudo y con solo su hija, habia creído colocarla bien casándola con D. Luis de Sandoval, que la tomó por esposa sin amarla, solo por las cuantiosas riquezas que ella representaba. Mientras vivió el padre de Margarita, fué esta tratada por su esposo con un cariño sin igual, pero apenas el oro del indiano, como se llamaba entonces á los que volvian de América con mas bienes que fueron, pasaron á ser propiedad de la hija por muerte del padre, cuando D. Luis se olvidó un tanto de su esposa, para entregarse en cuerpo y alma á sus planes de ambicion.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## LA ESPOSA DE FARFAN.

TRADICION.

(Conclusion.)

VI.

Han vuelto á transcurrir mas y mas dias  
Sin que la villa los cristianos ganen  
Y á la vez sin que logren los infieles  
Que el cerco de sus muros se levante.

Mas ¡ah! que los valientes de Castilla  
No en vano han dejado que el tiempo avance  
Sin que nuevo un laurel luzca su frente  
Siempre que brilla el astro de la tarde.

No importa que los moros se resistan  
Y en llegar las bastidas se retarden  
Para que el horizonte de sus glorias  
Mas y mas se ilumine y se dilate.

Que mientras haya un enemigo campo  
Donde el verde laurel crezca y se gane,  
Ellos, blandiendo su temida espada,  
Con su sangrienta punta han de alcanzarle.

Si aun no lograron que la fuerte villa  
Les ofrezca rendido vasallaje,  
De Málaga los campos, de Archidona,  
Han sembrado de muertos musulmanes.

Y en ellos, y hasta en Loja, han conseguido  
Que á su nombre no mas, tiemblen cobardes  
Los mas soberbios y atrevidos moros,  
Y de rabia y dolor llanto derramen.

Que cuando por su Dios y por su patria  
Valerosos se lanzan al combate,  
Luto, desolacion, llanto, ignominia  
Siembran doquier sus armas fulminantes.

Mas entre tantos ínclitos guerreros  
En cuyos pechos generosos arde  
El sacro fuego de entusiasmo ardiente,  
Uno descuellera de valor gigante.

Es un guerrero de ademan gracioso,  
De presencia gentil, de esbelto talle,  
Que nunca ha levantado la visera  
Que de continuo cubre su semblante.

Cual encubre su fúlgida armadura  
Formas tan delicadas, tan suaves,  
Que solo se creyeran modeladas  
Para en mullido lecho reclinarse.

Este, la flor de los guerreros moros  
Troncha cual huracán incontrastable  
Lleva consigo al par muerte y victoria;  
A sus golpes, doquier, cervíces caen.

Y el campo del infiel trueca en un punto  
En espumoso mar de hirviente sangre,  
Con montañas de muertos hacinados  
De aspecto aterrador, amenazante.

Mas ¡ah! que este portento de heroísmo,  
Para el golpe enemigo invulnerable  
A quien cobija con sus ricas alas  
De las victorias luminoso el ángel,

No es, como acaso imaginara al verle  
Asombrado un gentil al mismo Marte;  
Ni aun siquiera un varón que au laz creciera  
Al ruido aterrador de los combates.

Es la bella Leonor, es la heroína,  
La clara estrella de fulgor brillante  
Que la perdida senda de la gloria  
Iluminó á Farfan y á otros cobardes.

Que con hazañas de valor sin cuento  
Han logrado lavar su mancha infame,  
Y han vuelto á conquistar la confianza,  
El aprecio y favor del noble Infante.

Mas no es sola Leonor la que se arroja  
Donde amenaza mas peligro grave,  
Que su esposo Farfan, siempre á su lado,  
De su hermoso laurel logra una parte.

Y aunque en verdad nunca ha conseguido  
En esfuerzo y valor á ella ganarle,  
Es ya su nombre insigne y respetado,  
Ya digna de Leonor es su alma grande.

Y ambos inseparables en la lucha,  
En los infieles el terror esparcen;  
Y cual preciadas joyas de Castilla,  
A su limpio blason dan mas realce.

## VII.

Ya luce el bello día,  
Tanto tiempo anhelado,  
En que muestren los heroes á porfía  
El sacro fuego que su pecho inflama,  
Consumiendo á los moros en su llama,  
Y en cielo mas azul y dilatado,  
Sin que lo eclipse, ni en ligera sombra  
Brille el astro radioso  
De su gloria sin par, que al orbe asombra.

Es el día venturoso  
En que sobre las torres de Antequera  
Ha de flotar al viento la bandera  
De glorias sin mancilla,  
Temida y respetada de Castilla.

Luce para el guerrero castellano  
Mas refulgente el sol en este día;  
Mas luz, mas armonía,  
Encuentra en la creacion su noble pecho,  
Do rebosando fé y amor cristiano  
Palpita el corazón, siéntese estrecho.

Y el canto de las aves que resuena  
Al desplegar el alba  
De oro y grana su rica vestidura,  
Y el viento del otoño que murmura  
Arrastrando las hojas amarillas,  
Himnos le fingen de eternal victoria,  
Y en el disco del sol, cuando aparece  
De los montes dorando el alta cumbre,  
Hallan escrita su radiante gloria  
Con caracteres de celeste lumbre.

Ya esa lumbre del sol tan deseada  
A torrentes derrama sus fulgores;  
Ya comienza la lucha encarnizada,  
Y á los muros se acercan las bastillas,  
A ellas quedando asidas  
Con áncora de hierro formidable;  
Ya el estampido del cañon retumba  
Horrisóno, espantable,  
Y ya en los aires zumba  
De flechas lluvia espesa,  
Desesperado postrimer esfuerzo  
De la saña del moro, que rabiosa,  
Aun pretende impedir la heroica empresa.

Mas el valor cristiano,  
Que es soberbio titan ante la muerte,  
La rabia del infiel que audaz combate  
Al punto vence con radiante gloria  
Que por su grata suerte,  
Sobre él sus alas amoroso bate  
El ángel celestial de la victoria.

Ya del muro suspéndese la escala  
Y á ella se arrojan, con afán latente,  
Los gefes y soldados,  
A quien subir primero es concedido;  
Mas ¿quién es ese, al que ninguno iguala  
En entusiasmo ardiente,  
Y que por vez primera  
Muestra, al alzar con diminuta mano,  
Del casco la visera,  
Un rostro celestial y sobre humano,  
Y un radioso mirar, do el fuego brilla?  
Es la hermosa Leonor, es la Padilla.

Es ella la primera  
Que se lanza ligera,  
Y que con planta leve  
Avanza por la escala peligrosa;  
Emulo de su arrojo y valentía,  
Y con ansia amorosa,  
Por detenerla Luis Farfan porfía.

## HISTORIA

## DE UNA JÓVEN DESCONOCIDA.

(Variaciones sobre el diapason del estilo y el amor.)

(Conclusion.)

El amor posee las llaves de oro de nuestra alma que abre ó cierra por distraccion, ó por azar. Para animar los mármoles vivientes no necesita mas que una mirada, la tierna mirada de Julieta á Romeo; le basta la sola palabra que espresa tambien Francisca de Rimini y Manon Lescaut; es suficiente una sola aparicion como la han tenido todos los poetas, haya sido en la contemplacion de una mañana, por la noche al través de las breñas de un camino, ó en el torbellino de un wals.

El corazon nunca pregunta si puede principiar la novela de la vida! Gracias á su mirada la palabra amor, imágen encantadora que se aparece como un recuerdo del cielo, las estátuas se animan, el velo cae de nuestros ojos, despues ¿qué se necesita?... Un apretón de manos y los amantes verán los esplendores del cielo, las delicias de la tierra.... Se tenderán los brazos para aspirar una doble vida.... Despues de haber admirado la púrpura del fruto, lo desgranarán con sus lábios, y por lo menos no morirán sin haber recogido las flores en el valle, y la fruta en la montaña.

Elisa ama con pasion y esa es causa de su tristeza y de su dicha. ¡Su dicha! como dice Sofia Arnould. ¡Ay! solo que aquellos eran los bellos dias y los de ahora son la desgracia.

Elisa sueña, con quien ya la olvida. Esta es la eterna historia de las pulsaciones del corazon: en la antigüedad los griegos las cantaron á las brisas, las brisas á las olas y las olas á las arenas de la margen de los arroyos, adonde Moschus las recogió una noche: Pan, el Dios de las selvas amaba á Eco, Eco suspiraba por un jóven diocesillo que moria por Haenadriade ninfa de los bosques; mas la ninfa solo alentaba por un fauno aprisionado en los pámpanos de una bacante, que no escuchaba sus quejas: lo que ha hecho decir á un poeta que

El amor es un tirano  
cuyo fuego nos devora,  
odiamos á quien nos ama  
y amamos á quien nos odia.

Es un cruel juego del destino el separar siempre los corazones enamorados. ¿Pero quién sabe si el amor será quien forme este mismo juego? Esa ardiente sed hácia la copa

¡Oh guerreros! dejad á esa hermosura  
La gloria de ondear vuestra bandera  
Sobre las altas torres de Antequera.  
Dejad que esa belleza peregrina,  
Que anida un corazon de fuego ardiente,  
Coja el laurel primero  
Entre duros abrojos  
Y que se incline en su nevada frente  
Para templar los rayos de sus ojos.

Vuestros triunfos rendid ante su planta;  
Dejad que esa aureola que os encanta  
Y nítida fulgura,  
Se ostente magestuosa,  
Mas pura y luminosa,  
Coronando la sien de esa hermosura.

Ya veloz como el rayo  
Por la escala subió; ya se avalanza  
A la almena; ya logra su esperanza,  
Ya el laurel soberano  
Trémula de placer coje su mano.

Mas ¡ah! resuena un grito doloroso  
Con ímpetu violento  
Caen dos cuerpos del muro, que la almena,  
Quebrantada de intento,  
Al asirse Leonor es desprendida,  
Haciéndole caer ¡oh amarga pena!  
Y arrastrando á Farfan en su caída.

Mas los soldados ébrios de entusiasmo  
A la escala se lanzan delirantes;  
Pasan sobre los restos palpitantes  
De la infeliz pareja,  
Que exhala apenas moribunda queja.

Trepan los muros nobles campeones,  
Y en las torres gigantes  
Ya flotan de Castilla los pendones;  
Mas cuando logran su vehemente anhelo,  
Y ostentan su bandera victoriosa,  
Las almas de Farfan y de su esposa  
En invisible union suben al cielo.

Un tributo paguemos de loores  
A estos héroes sin par y esposos fieles,  
Y si por nuestra suerte malhadada  
No podemos rendir fragantes flores,  
Y mirtos y laureles  
En su tumba ignorada,  
De admiracion profunda un monumento  
Elévele inmortal nuestra memoria,  
Donde se grabe su valor sin cuento  
Con caracteres de brillante gloria.

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

eternamente llena por otro es el infierno sí, pero es amor. Amar á quien no nos ama son las tinieblas del alma, es solo sentir el amor; obtener la reciprocidad es gozar el paraíso. — Ese paraíso alguna vez se abre á impulso de dos corazones que laten en el mismo diapason.

Cuando el uno ama y el otro cesa de sentir hay un momento supremo en que estrechado el enamorado se atraviesa el infinito.

Dejarse solo amar, es subir por una escalera de oro, de la que inevitablemente hay que descender una vez llegado á su cúspide.

¡Hoy! Elisa no ama á Jorge, sino á su amigo Leon: Jorge posee un hermoso corazón, Leon solo talento. Jorge amará siempre á Elisa, Leon nunca.

En la hora en que las jóvenes pasan de la adolescencia á la juventud esparcen el amor en derredor como las rosas estienden mas lejos el perfume que exhalan en el instante que se abren.

Esa hora es la del peligro para las familias y del triunfo para los amantes.

La mas prudente entre todas, vé empañarse poco á poco el cielo de sus almas por ensueños embriagadores y esperanzas culpables. Son virtuosas y temen. Se adormecen en el seno de la Virgen María, pero sus sueños se ven agitados por dulces y vagas sombras amorosas.

La lucha es violenta, necesitan la virtud del Arcángel para resistir el amor que las atrae suavemente hácia los espesos senderos bordados de zarza-rosa y espinas que embalsaman y desgarran.

El amor está en todas partes, lo mismo sobre el altar adonde las jóvenes se arrodillan á rezar sus oraciones, que en la nube que pasa y en las flores que recoge. El amor habla sin cesar, tomando la voz de la brisa, de la tórtola, la de la aurora, y la alondra que vuela al cielo vé cantar su canción y su alegría.

En la noche, el Ruiseñor que se oculta en la enramada para cantar sus elégias, es el amor que se esconde cuando las jóvenes se extravían en el bosque umbrío, ó se contemplan en los bordes de las fuentes.

En vano volverán sus ojos á las infinitas imágenes del amor, ni que cierren sus oídos á esas mil engañosas voces, porque oirán y comprenderán. El puro cielo de la mañana de la vida se esmaltará de nubes, las nubes se amontonarán, la silueta del relámpago surcará en el horizonte estallando la tormenta... ¡Todo ha concluido!... ó mejor no ha comenzado...

Elisa está destinada á cantar la endecha, todo ha concluido! pobre joven, el senti-

miento que la domina en vano irá de uno á otro, de este aquella, buscando siempre lo que no ha de encontrar nunca.

Os he contado su historia sin saberla ó mas bien dicho no os he contado nada.

¡Había ofrecido no aventurarme en los senderos de la fantasía, pero tenia que referiros la historia de un corazón que ama, y un corazón enamorado no es un país perdido?

Además, el poeta se parece á cierto tañedor de flauta que prometia una sonata á las hijas de los campos, tocando luego todas, excepto la que habia ofrecido.

ELENA CERRADA.

## LA MUJER Y LAS FLORES.

XVIII.

### LA CALENDULA.

A orillas de un manso y cristalino arroyo que se deslizaba lenta y silenciosamente por entre la espléndida vegetación de un pintoresco valle, vivía solitaria una pobre flor á la que acariciaba el céfiro con su soplo suave y consolador, neutralizando los ardores del sol que atormentaba con sus rayos de fuego la delicada existencia de aquel ser.

Que en las flores hay un dualismo misterioso, enseñanza elocente para el ser que piensa, nos lo han demostrado los poetas y escritores persas y las parabólicas disertaciones de los desviches y sacerdotes egipcios. A la culta Europa, vagamente y de tarde en tarde llegan esas doctrinas, que aun siendo hijas del espíritu mitológico de los países orientales, pueden y deben ser recogidas por la filosofía, y mas aun por los poetas, perpétuos cantores de las maravillas de la creación. Sin embargo de que no hay razón para rechazar las emblemáticas metempsicosis con que los pueblos del Asia revisten hasta sus códigos religiosos, la filosofía moderna se cura muy poco de desentrañar las verdades que contienen en su fondo. El positivismo es el bello ideal de nuestra actual sociedad, y entre el positivismo y el materialismo no hay disparidad, no hay des semejanza alguna.

Pero dejemos la filosofía á un lado; escribimos para el bello sexo, y aunque este participa tambien de esa tendencia filosófica *sui generis* con que hoy se han de re-

vestir todas las concepciones acomodándolas al gusto de nuestro siglo, prosigamos la comenzada narración.

Diz que la flor vecina del arroyo, fué en mejores dias, y no sé en qué país, una mujer de apreciables cualidades, si hemos de atender á las memorias que escribió cierto poeta, dictadas por un bello pájaro que modulaba su canto en la enramada umbría.

«En el tiempo en que la Persia componia un vasto y poderoso imperio, dicen las espresadas memorias, vivia una jóven llamada Calendula, tan bella como virtuosa. Multitud de galanes se disputaron su amor, empero aquella pasion era hija de las costumbres originadas por la poligamia. La jóven persa, tenia un bello corazon, pero era por desgracia escluvista, es decir, queria pertenecer á solo un hombre, y que un solo hombre le perteneciera tambien en cuerpo y alma. Tan estraña aspiracion contraria al espíritu y costumbres de aquel tiempo, fué considerada como un fenómeno, y calificada de loca la bella y virtuosa Calendula. Sufrió desprecios, desaires y humillaciones de los mismos que habian tributado los mas entusjastas elogios á su juventud y hermosura. Vivió aislada, y su existencia, deslizándose tranquila hasta el término de sus dias, pasó á metamorfosearse en la solitaria flor que crecia á la orilla del manso arroyo, como un castigo que Siwale impuso.»

Esto decian en resúmen las memorias que hemos citado. Así viven las mujeres del siglo XIX que imitan la conducta de Catendula, pero no les importe su situacion, porque ese alejamiento de las falaces glorias de nuestra sociedad, es la mas honrosa apolojía que puede hacerse de la mujer, cuyo aquilatado mérito no pueden menos de concederle la rectitud y la justicia, que afortunadamente aun subsisten entre el decreimiento y el materialismo que en nuestros dias imperan.

Respecto á la flor que hemos presentado como simil, los naturalistas la han clasificado ya. Pertenecce á la numerosa familia de las *Compuestas*. Es planta anual de Europa con propiedades estimulantes y anti-espasmódicas, sirviendo algunas veces para fabricar azafran y dar color á la manteca de vacas. Sus hojas son resolutivas, usadas esteriormente y conservadas en vinagre, sirven para sazonar salsas y ensaladas. En primavera se suele hacer gran provision de esta planta, sobre todo para las vacas, y de ella se estraen un principio denominado *Calendulina*.

La Calendula tiene varias especies, siendo las mas principales la *Campestre* llamada por Linneo *Arvensis* y la *oficinal* ó *cultivada*, clasificada así por el mismo naturalista.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## EL HIJO MUERTO.

(Traduccion del célebre poeta portugués  
A. Soares de Passos.)

(BALADA.)

Es media noche: en la aldea  
Que se extiende al pié del cerro,  
Vela una madre á su hijo  
Estrechándolo á su seno.  
«Despierta, mi bien, despierta,  
No es ese tu blando sueño,  
Que es cual letargo de muerte  
El que hora embarga tus miembros.

¡Cuánto tarda una sonrisa  
En tus rojos lábios bellos!  
Despierta pronto hijo mio,  
Tu alegre reir espero.»

Mas en su regazo el niño  
Lanzó su postrer aliento.....  
Besos mil dióle su madre  
Tristes lágrimas vertiendo.

En su sepulcro dos dias  
Lloró tambien: al tercero  
La campana de la aldea  
Por un alma tocó á muerto.

Y otra tumba aquella noche  
Se alzaba en el cementerio.....  
¡Pobre madre! junto al hijo  
Fué á dormir su mismo sueño.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

## COSTUMBRES.

### DEVOCION CHILENA A MARIA.

En medio del cráter devorador que amenaza destruir los fundamentos de la piedad, de la moral, y todo lo demás que constituye la verdadera felicidad de los pueblos, se mantiene aun firme é inquebrantable la de-

vocion á la madre de Cristo, áncora de salvacion de la humanidad perdida en el sendero del dolor.

En Chile, por ejemplo, tienen las indias acogidas á la Iglesia la costumbre de ofrecer á la madre del Redentor modestos aguilaldos, dirigiéndola los siguientes versos:

María, Virgen perfecta,  
Por ser tu hijito en mi lengua,  
Vengo desde Pidechegua,  
Galopando en línea reuta.  
De que el niño es muy donicho,  
Sé con gran seguridad,  
Pues mi tía Treniá  
Y el cumpá Nico lo han dicho.  
Pra divertirlo hartazo  
Traigo el rabel de mi paire,  
Y vengo con mi comaire,  
Que canta lo mas fienazo,  
Unos quehillos le trieda  
De la barquilleta mida,  
Me los merendé Marida,  
Porque ya de hambre no veida.  
Heñora doña María,  
Auque uhé de los quehillos,  
Le traigo mehaquito á harina  
Y una bolsha con hueillos.

A este cantar responde el estallido atornador de matracas unido al de instrumentos de hoja de lata, llamados *canarios*, que usan los niños en estas ocasiones, llenándolos de agua, para hacerlos sonar, y al de pitos y otros instrumentos chilenos, poco conocidos en Europa.

Reúñense también comparsas de gente blanca, y al son de arpa y guitarra, saludan á María ofreciéndola ricos presentes; pero esta devocion, si bien es sentida, no es tan gráfica, porque no representa el fervoroso culto inoculado por los primitivos misioneros en los pueblos aborígenes del Nuevo Mundo, los cuales siempre acataron la autoridad española; y puede decirse, por lo tanto, que la separacion de los pueblos de América hoy independientes... no es un hecho indígena, propiamente dicho, por mas que haya partido del suelo americano.

Sabido es que Chile es una de las repúblicas mas cultas, mas adelantadas del mundo de Colon; y si bien ha aceptado la liberde cultos, no por eso se ha divorciado de las prácticas católicas, siendo tan ostensibles entre los indios, que pudieran disputarse con las de nuestra España en la queo siempre los que rinden culto en los altares tienen el corazon libre del inmundto légamo del vicio.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

## A MI HIJA.

(En el álbum de mi hija Clotilde.)

### TU Y YO.

Rosa encendida de Alejandria,  
Faro esplendente del claro dia,  
Perfume y luz.  
Angel divino del alto cielo,  
Fé que á las almas presta consuelo,  
Así eres tú!  
Noche sombría llena de espanto,  
Vida bañada de amargo llanto,  
Sombra y dolor.  
Mortal que cruza valle espinoso,  
Duda que auyenta paz y reposo,  
Así soy yo!  
Fuego es la vida, la muerte hielo;  
¿Quién las juntó?..  
Jamás ya unidos vivir podremos  
Ni tu ni yo!

F. DOMINGO.

## EL INDIGENTE.

### SONETO.

¡Vedle ahí con el rostro demacrado,  
Sumergido en un mar de sufrimiento,  
Sin abrigo ni hogar, sin alimento ...  
De miseria y desdicha rodeado!..  
¡Contemplad su presente y su pasado,  
Su porvenir fatídico y cruento...  
Y decidme si existe el sentimiento;  
Si es verdad que hay conciencia! ¡Desgraciado!  
¡Vedle ahí!... su decrepita figura  
Del hambre á los rigores palidece!..  
¡Para el mísero la eterna desventura,  
Mientras el mundo en su placer se mece!..  
¡Oh sociedad altiva y casquivana,  
Ni tienes corazon, ni eres cristiana!..

FRANCISCO COLUBI MIÑANA.

Valencia: Imp. á cargo de R. Ortega, Cocinas, 1.